

“EL ÁNGEL IMPEDIDO”

(CUENTO)

CENIA quince años, bucles rubios en su pelo ensortijado y una divina expresión. Era un ángel, decían las gentes de la aldea, un ángel de Rubens hecho carne blanca; sus ojos claros, expresivos; el mirar era lejano y su angustiosa expresión incitaba a contemplarle pensativamente, cual si en aquella pequeña cabeza de rubios bucles existiera todo un mundo inquieto de imaginarias figuras.

Miguel era un niño pobre, quince años humildes e inocentes, quince años que no supieron de caricias maternas, de sonrisas, de amor. Sus oídos solamente escucharon ¡Pobre Miguel! y su garganta se ahogaba de tristeza... ¡Pobre Miguel! Miguel... el ángel impedido.

Los chicos de la aldea, a veces, le daban sus meriendas; él les sonreía; pero cuando aquéllos jugaban con el patín o la pelota, Miguel sentía envidia y quedaba mirando cómo otros niños, pobres también, podían correr y jugar alegres, mientras él moría de dolor, inútil sus piernas y oprimido su pecho... ¿por qué, Dios mío?... ¿por qué?

No podía andar; siempre caminaba sobre un carrito viejo que un alma caritativa le había proporcionado y vagaba solitario, día tras día, por las empedradas calles de la aldea, teniendo a veces que sufrir las burlas de niños mal educados, aligerando entonces su carrito con todas las fuerzas de sus brazos enflaquecidos; llegaba jadeante, cansado... a la triste choza donde vivía, con una mujer que se llamaba tía suya, y la que le daba un triste sustento a trueque de tenerle cada día haciendo mandados y acarreos.

* * *

Un día Miguel salió al campo; sus brazos accionaron las ruedas del carro y se alejó de su casa. Era un sereno atardecer de primavera; el campo estaba alegre y las flores parecían contener en el éxtasis de la tarde un perfume embriagador. Melodiaban los ruidos de los campesinos que recogían sus aperos de labranza con el piar disorde de mil diversos pajarrillos.

Un poeta, un pintor, un alma artista, hubiera cantado en versos solemnes o realizado en un lienzo eterno la lírica serena de aquel atardecer. Y el alma de Miguel era pura, podía captar toda belleza, podía soñar ilusiones y lejanos caprichos que irían a morir en su triste realidad.

Continuaba su caminar sin rumbo por el bosque, acariciaba las

flores al pasar y su carrito se internaba a su veleidoso capricho por los caminos del campo... Pero ya la luna quiere ver a Miguel; al fiel amigo le gustaba acudir puntual cada noche a la cita y como amante secreto contemplarla solo... durante mucho tiempo. Cuando la luna obediente a su ciclo, no aparecía, Miguel la imaginaba allá, en una celeste región, donde todo era perfecto, hablando con Dios en un coloquio de eternidades.

Aquella noche la luna era más hermosa que nunca. .

«La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.»

Y se escucha un lejano cantar al compás de la guitarra... el cantar de los gitanos, con su atuendo bohemio, con la lírica de su constante caminar, incansables y eternos peregrinos de la vida.

Morenos rostros, perfiles arrugados en esta caravana gitana que se ha llevado a Miguel en sus destartaladas carrozas.

* * *

Reyes tenía la juventud en sus labios, gitana de bronce y nardo, estampa de viejo romance... «bailaora».

La tribu la adoraba como a una diosa y arrojaban a sus pies, mientras bailaba, relucientes monedas de plata. Ella, buena, caritativa, da a Miguel—el niño de la lejana sonrisa, como le llaman en la tribu—algunas monedas de plata con las que él engarza un tosco collar.

Una noche... cuando los luceros jugaban con las nubes y la brisa mecía las espigas, Reyes y Miguel dialogan junto al murmullo de una pequeña cascada, mientras el agua, juguetona, limpia al caer las rocas...

—Dime, Miguel; ¿de dónde vienes? ¿quién eres?—Y éste incorpora de su carrito, tendido inútil en el suelo sobre la hierba fresca, con una voz penosa, lejana...

—No quisiera recordar de donde vengo; de un mundo que no vive, sino que transcurre monótono, siempre igual, cruel e inhumano, donde sólo reina la materia y el más fuerte y soy un ser inútil de ese mundo sucio y mezquino que se esconde tras la hipócrita máscara de una vida alegre y sencilla...

Los ojos de Miguel están húmedos de lágrimas, tiembla todo su ser y su corazón le salta tan fuertemente en el pecho que cree ahogarse; tiene miedo de la vida, de su eterna inutilidad y mira a la luna pensativo, suplicante de amor, dolorido su cuerpo mutilado y su alma sencilla. ¿Por qué no le llevará ella? ¿por qué este vivir de sufrimientos? ¿por qué, Dios mío...? La garganta se le quiebra en la angustia de un deseo contenido, sus manos cogen las blancas de Reyes, las besa mil veces llorando de angustia, las baña de lágrimas...

¡Dios mío! ¿por qué?... ¡Te quiero, Reyes! No quisiera que fuese así, pero te quiero... ¡te quiero!—Y llora Miguel sobre aquel pecho femenino en flor, de prometedora juventud.

* * *

Lejos se escucha el rumor de la tribu y el son de las panderetas: un mundo bohemio, de romances empolvados, emigrante, con mucho real en su teatral escenografía, traspunte de una vida cruda, difícil.

* * *

La luna mira a Miguel que permanece solo, tendido sobre el suelo... y ya los últimos luceros matan un día y el sol se vislumbra rojo en el horizonte.

Unos campesinos hallaron a Miguel muerto, con sus ojos húmedos, de lágrimas... No había gitanos, ni Reyes de nardo y lirio... Una imposible quimera le había atormentado y la angustia había ahogado su pecho enfermo.

¡Ya no serviría nunca más el carrito abandonado cerca de su cuerpo inerte!; ni la luna tendría a su joven amante, ni habrá sueños de amor, ni caricias de flores para Miguel...

* * *

Llevaron su cuerpo a la tierra y a la noche siguiente, dice la gente del lugar, que una caravana de gitanos cruzó aquellos campos y mientras unos tocaban toscas panderetas, otros entonaban versos tristemente; y al pasar por el lugar donde una noche antes había muerto Miguel, de una carroza de aquella bohemia caravana se pudo oír una voz de mujer joven, que entre suspiros y sollozos decía...

«Por el cielo va la luna
con un niño de la mano».

Y la luna, gitana y triste, jugaba arriba entre las caprichosas formas de las nubes.

ANTONIO PINO VAZQUEZ



Voces y expresiones viciosas

Doblez

EN saber atribuir a esta palabra en cada caso el género que le corresponde, consiste todo el

secreto de su correcto uso.

Hay algunas personas que la aplican indistintamente, ya en sus escritos, ya en la conversación. No distinguen, porque lo desconocen o porque se les ha olvidado, que según se la emplee en sentido directo o traslaticio, requiere un género u otro. Así dicen o escriben: «La doblez del pantalón», «la doblez del alma».

Yerra quien da a la voz objeto de este palique el género femenino cuando la aplica al doblez del pantalón, del pañuelo, del papel, etc.

Doblez, como tantas otras palabras de nuestra riquísima habla, tiene dos sentidos, uno directo, otro figurado. Cuando queremos significar con este vocablo la parte que se dobla o pliega en una cosa y la señal que queda en la parte por donde se dobló (*Diccionario de la Academia*), atribuimos a tal vocablo el género masculino. Diremos, pues «el doblez del pantalón, de la tela, del papel, del pañuelo»... Mas si empleamos esta palabra en sentido traslaticio, esto es, con la significación de «astucia con que uno obra, dando a entender lo contrario de lo que siente», si bien la Academia la considera ambigua, lo cierto es que los buenos escritores le dan siempre el género femenino. De este modo, cuando nos referimos a las dobleces del alma, del corazón, de la conciencia, del carácter, etc., decimos o escribimos *la* en vez de *el*.

En muchas ocasiones se omite el artículo o el adjetivo que determina el sexo que se le atribuye (1). Fernando de Rojas, si fué como se supone el autor de la *Celestina*, Teresa de Jesús, Solís, Mariana y tantos otros autores de nuestros siglos áureos, la han usado así, sin expresa determinación del género. Pero si éste se señala, adóptase en tal sentido figurado, el femenino.

Mas lo que está fuera de toda duda es que cuando nos sirvamos de la voz *doblez* en su recta significación, venimos obligados a emplearla como masculina.

Los numerosos ejemplos que del correcto uso de esta palabra va-

(1) «...el fondo por lo menos es intachable, sin vislumbres, ni aún remotos, doblez e hipocresía». Menéndez y Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*, t.º VI.

«¡Entonces debió ver cuando en la guerra—sin doblez al rencor soltando el freno—a la muerte la muerte contrastando—de la victoria decidió el esfuerzo!» Nicasio Alvarez de Cienfuegos: (*La Condesa de Castilla*).